

no es cosa de juego perder veinticinco pesos, después de tanto como me ha costado ganarlos.

GOROSTIZA



El Gordón de Seda - -

MARQUES

Que hacéis muy mal me parece.

CARLOS V

No tal, buen marqués; los años
me causan los graves daños
con que mi cuerpo padece:
mas mi espíritu atrevido
me fortifica de un modo,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

que atropellando por todo,
a todo estoy decidido.
Es verdad que la carcoma
del tiempo me hace perjuicio,
y que soy un edificio
que a poco más se desploma.
Es verdad que la versátil
fortuna, me desampara,
y que me vuelve la cara . . .
mas la fortuna es volátil;
y con sus lauros y galas
¡cómo ha de ser! me abandona,
y nuevos himnos entona
dando a los aires las alas.
Al verme en tales espejos,
yo digo que no es injusta;
que ella de jóvenes gusta
y que desdeña a los viejos.
¡Hace muy bien! ¡Qué miseria
es, marqués, la humanidad!
El fausto, la vanidad,
concluyen con la materia. . .
Ah! yo, marqués, que he ceñido
la corona de dos mundos,
y a ejércitos sin segundos
he derrotado y vencido;
que en pos de sangrientas guerras,
cortando del mar las olas,
mis banderas españolas
hice llevar a otras tierras;
yo que con noble arrogancia,
al frente de mis lebreles,
de Pavía los laureles
altivo arranqué a la Francia;
yo que a Francisco Primero
vencí con heroico brío,

y a los pies del trono mío
le contemplé prisionero;
ah! yo que a las playas moras,
asombrando a los mortales,
mis águilas imperiales
he llevado vencedoras;
y yo, marqués, yo que en suma,
después ¡ay! de glorias tantas,
he contemplado a mis plantas
las joyas de Moctezuma;
yo con este pensamiento
en vivo fuego encendido,
estoy ahora reducido
a la estrechez de un convento!
Del mundo las veleidades
¿qué han de importarme, decid?
clama el hijo de David:
“¡vanidad de vanidades!”
¡Sí, muy bien dicho, marqués! . . .
ya veis en un monasterio
al que antes tuvo el imperio
de dos mundos a sus pies.
Conque no temáis, amigo,
nada ya por mi salud,
que suple a mi juventud
el alma fuerte que abrigo.
La política dejemos,
que ya me cansa, y me fundo:
antes que yo deje al mundo,
de nuevas cosas tratemos.
¿Amáis a Estrella, marqués?

FERRARI.





El Pasado

MANUEL

Estoy seguro de que tú piensas como yo; defiendes el caso, y no me extraña, porque Margarita está comprendida en él; pero, en el fondo, tú me concedes la razón.

DAVID (con entusiasmo creciente)

Te engañas; y no defiendes el caso por Margarita, como dices, sino porque es mi convicción, porque es mi

creencia, que cualquier culpable puede rehabilitarse de sus faltas. ¡Yo no condeno, como la sociedad, al presidiario que ha robado un pedazo de pan para sus hijos; yo no condeno a la pobre mujer sin educación y abandonada, que el día que se muere de hambre se vende en el vértigo de la miseria, por unas migajas de mendrugo! . . . ¡Yo a quien condeno es a la sociedad que no da trabajo al artesano! . . . ¡Al que no educa a la mujer! . . . ¡Al que la compra! ¡Yo a quien condeno es a la sociedad que se enfanga y después se asusta de sí misma! . . . ¡A esa madre que arroja a sus hijos en el albañal y que después no quiere reconocerlos!

MANUEL

¿Y qué le vamos a hacer? Yo quiero convenir contigo en que sea una injusticia imperdonable que los hombres castiguen faltas de las que tal vez son cómplices; pero está demasiado arraigada para que tú o yo abriguemos la esperanza de destruirla.

DAVID

No: yo tengo mis ideas y mi manera de ver las cosas; pero sin la pretensión de hacérselas admitir a la sociedad. Ella puede seguir el camino que le cuadre: yo, por mi parte, lo que nunca haré será sacrificar, en aras de sus caprichos y de sus nece-

dades, ni mis sentimientos, ni mi corazón.

MANUEL

Pues serás un mártir.

DAVID

Mártir es mejor que necio.

MANUEL

Sin embargo . . .

DAVID

Dime, Manuel: un hombre que piensa y siente y obra por sí mismo sin consultar con la multitud; tú, por ejemplo, si un día te encontraras con una mujer, ángel en el fondo y meretriz en la superficie, que por la primera vez despertara en tí ese anacronismo del sentimiento que se llama amor; si al lado de esa mujer divisaras un horizonte de cielos y un porvenir de felicidad, ¿renunciarías a todo esto por el mundo?

MANUEL

¡Francamente, sí!

DAVID

¡Mentira!

MANUEL

¿Mentira?

DAVID

Tú no eres tan miserable para dejarte vencer por la preocupación.

MANUEL

Prescindo del *qué dirán*.

DAVID

Entonces. . .

MANUEL

Pero no prescindo de mí mismo.

DAVID

¿Qué quieres decir con eso?

MANUEL

Supongamos por un momento que tú fueras esposo de Margarita. Dime: ¿no es verdad que en medio de tus efusiones íntimas con ella, cuando febricitante y ebrio la tuvieras en tus brazos acariciándola, ¿no es verdad que sentirías algo como el infierno, ante el recuerdo de que aquellos labios estaban manchados por el ósculo de la impureza?

Suponiendo que tú fueras esposo de Margarita: si mañana te diera un hijo, ¿no es verdad que ese hijo tendría derecho a maldecirte por haberle dado una madre cuya mancha se reflejara sobre su frente? Pero. . . ¡ja, ja, ja! estamos tomando este asunto tan a lo serio, que no parece sino que mi suposición es verdadera, según el ceño que me estás poniendo. ¡Vamos! querido David, espero haberte convencido por completo, y me retiro contando con que esta noche me re-

ferirás entre dos ponches todas las circunstancias y todos los pormenores de tu enlace. Yo te conozco, y deben ser interesantes, porque tú tienes muy buen gusto en materia de aventuras.

MANUEL AGUÑA





La Hija del Rey

LOPE

Así es, señora, así es
La humana naturaleza . . .
¡Tanto hay que a vivir empieza
Y muere poco después!
¿Visteis, prenda de ternura
Y de conyugal cariño,
Nacer a la luz un niño,
Del hogar gala y ventura,
Marfil la frente divina,
Los ojos cristal luciente,

Blanda sonrisa inocente
 En la boca purpurina . . .
 Oro el cabello, la tez
 Trasparente y delicada,
 Llena la dulce mirada
 De ternura y candidez . . . ?
 ¿Visteis el ave gentil
 Abandonando su nido,
 Cruzar el campo florido
 Las tibias tardes de Abril,
 Tender al aire las alas
 Sobre el naciente follaje,
 En matizado plumaje,
 Complemento de sus galas? . . .
 ¿Visteis la flor peregrina,
 Botón apenas abierto? . . .
 ¿Y visteis al niño muerto
 Y al ave y la flor divina,
 Cuando apenas al nacer
 En sueños de amor profundo,
 A gozar iban del mundo
 Cuanto el mundo da en placer?
 Así en mi pecho el amor
 Murió también, no os asombre,
 Porque el amor en el hombre
 Es niño, es ave y es flor! . . .
 Ja, ja, ja, ja, ja, reír
 Debéis como yo, señora! . . .
 (*Aparte*) ¡Ahora que río, ahora,
 Me estoy sintiendo morir!

JOSE PEON CONTRERAS.



Gil González de Avila

GIL

Oye . . . una noche, hace un año,
 En el templo te veía
 Extasiado . . . parecía
 Que en derredor me era extraño
 Todo cuanto en él miraba;
 Tú sola estabas allí;
 Nada escuché, nada vi . . .
 ¡Me amabas y yo te amaba!
 Contemplando aquel instante,

A la luz del templo santo,
 Ese peregrino encanto
 Que Dios puso en tu semblante,
 Elevando con fe pura,
 Mientras que yo te veía,
 Plegarias del alma mía
 Por tu bien y mi ventura,
 Estaba allí, con tal calma,
 Tan feliz y satisfecho,
 Que tu alma estaba en mi pecho,
 Y en tu pecho estaba mi alma.
 De pronto, sentí el ligero
 Golpe de una mano en mi hombro;
 Torné la faz con asombro,
 Y vi cerca un caballero.
 —¿Os gusta? Con voz sombría
 Díjome.—Sí, me parece,
 Contesté.—Aun me estremece
 Su torpe insulto, a fe mía;
 Pues apenas contestara
 Su pregunta impertinente,
 Sentí como brasa ardiente
 Su rudo guante en mi cara!
 Nunca se vió igual ejemplo,
 No, Violante . . . ¡vive Dios!
 Y entre un tumulto, los dos
 Abandonamos el templo.
 Salimos de aquel tropel;
 Mudo y sombrío partió,
 Y mudo y sombrío, yo
 Crucé cien calles tras él.
 Detúvose . . . a relucir
 Salieron ambos aceros;
 Allí, como caballeros,
 Era preciso morir
 O matar . . . mi afán tirano

Dióme fuerza, o fue la suerte . . .
 Di a mi enemigo la muerte;
 Era . . . ¡ay, Dios!

VIOLANTE

¡Era mi hermano!

GIL

Sí, tu hermano; te aseguro,
 Violante, que lo ignoraba;
 El rostro se recataba
 Al reñir. . . ¡yo te lo juro!
 Así el rencor engendré
 De tu padre. . .

VIOLANTE

¡Suerte impía!

GIL

Di si la culpa fue mía
 O si de tu hermano fue!
 Dílo, dílo . . .

VIOLANTE

Tú no has sido
 Culpable . . . el insulto suyo . . .

GIL

Por eso mi amor y el tuyo
 Siempre a la sombra han crecido;
 Por eso en hondo misterio
 Dios nuestras almas ligó,
 Y amor en ellas vivió
 En perpetuo cautiverio.
 ¡Ay! ¡quién jamás pensaría
 Que la flor de nuestro amor
 Muriera . . . ¡miserable flor!

Oculto a la luz del día!
 ¡Quién creyera, dueño amado,
 Que siendo joven, adusto
 Me arrancara el hado injusto
 Para siempre de tu lado!
 ¡Adiós!

VIOLANTE

¡Jamás! de tu juez
 Temo, Gil, a la violencia.

GIL

Conociendo mi inocencia,
 Me libertarán tal vez.

VIOLANTE

No te vayas, Gil.

GIL

Violante,
 Es preciso.

VIOLANTE

No, jamás!
 De mí no te apartarás!

GIL

Déjame . . .

VIOLANTE

¡Ay! (*Despidiéndose.*)

GIL

¡Horrible instante!
 (*Haciendo ademán de retirarse.*)

VIOLANTE

(*Corriendo hacia él y deteniéndole.*)
 ¡Oh! no te vayas, no, no,
 Por el recuerdo siquiera

De aquella tarde hechicera,
 Que tan rápida pasó
 Porque tan dichosa fue;
 Cuando de amores me hablaste,
 Cuando tu amor me juraste,
 Cuando mi amor te juré.

GIL

No me recuerdes el bien
 Que hemos gozado tan poco.

VIOLANTE

Por tu amor. . .

GIL

¡Me vuelvo loco!

JOSE PEON CONTRERAS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 1962 MONTERREY, MEXICO



Los Amores
de Alarcón

JERONIMA

¿Querían mataros? ¡Apagar pretendían la luz de mis ojos y el astro de la escena española! ¿Qué no saben los hombres que yo con el ánima y con el corazón os quiero? ¿Ignorar pudieran acaso que el autor de *La verdad sospechosa* es inmortal, pues matar, necios, pretenden a quien tiene vida mientras dure sonora y poderoso

sa el habla de Garcilazo? Tiniebla es la envidia, y de su antro quiere alzar-se gigante para apagar los fuegos del sol esplendoroso. El sol, asomándose por las puertas de oro del Oriente, disipará las nieblas con su primera mirada de luz y de amor. Sí, porque luz es amor. Para mí tú fuiste luz que las oscuridades de mi alma despejara. Para mí tú fuiste amor que alumbrara mi espíritu, que dormía en mi cerebro el sueño de la noche, esperando que el sol de mi vida se levantara acrisolado en el vivo fuego de la mansión celeste.

Yo te presentí, y los cristales de mis ojos con llanto tiernísimo se mojaron, así como la tierra, antes que el sol se levante, llora con lágrimas de rocío. Vi que te acercabas, y cubrióse mi frente de castísimo rubor, como a la aproximación del astro rey se envuelve el cielo con el velo purpurino de la aurora. Y cuando a mí llegaste, abriéndote paso con la gallardía de tu ingenio entre la valiosa multitud de sutiles y felices poetas, como el sol que sube escalando montañas y rompiendo nubes, sentí que en todo mi ser se hacían la luz y el día, y murmuraban en mi alma como cantos de arroyos y aleteos de palomas, y esparcíanse en ella como perfumes de rosas y azucenas; y todo ese inmenso concierto que al amanecer canta la tierra con sus ríos bulli-

dores, con sus mugientes mares, con el susurrar de los insectos, y con el rugir de los leones, con el dulcísimo silbo de las auras entre las hojas de los árboles, y con el ronco y fragoroso estruendo de la despeñada catarata; todo, todo en mí lo sentía. Era que la claridad se hacía en el cielo, y el amor en mi alma. ¡El sol alumbró, y yo te amé!

ALARCON

Jerónima, al oírte, siento inquieta y desapoderada mi inspiración, y mi labio enmudece, que es la boca puerta estrecha y pequeña para el inconmensurable torrente de amor que de mi pecho se desborda.

JERONIMA

¿Qué era yo en la vida antes de mirarte? Cuerpo sin alma, mar sin vientos, noche sin estrellas. Te vi, y el abismo, de su profundidad, se levantó montaña. Supo el corazón por qué palpitaba. El alma conoció que los ojos le servían de ventanas para asomarse a mirarte. La lengua no quedó como inútil bronce de un campanario de catedral abandonada. La boca te habló amores, y conocí lo hermoso que es hablar. ¡Qué feliz era yo, pues tenía manos con que acariciar tu frente, un seno en que reposaras tu cabeza llena de pensamientos, ojos para mirarme en los tuyos, labios

para oprimir tus labios en delirio de amores, y arrobamiento y éxtasis. Mi amor se manifestaba con risas de alegría. Si parecía yo loca. Mira cómo río. ¿Lo ves? Y otras veces desbordábase en llanto. ¿No miras cómo lloro? Juzgaba imposible llorar y reír al mismo tiempo. Y ya lo ves: río y lloro. Es la lluvia y el arco-iris. Es que tengo en mi alma todos los esplendores de la creación. ¡Te amo!
 [Todo esto mezclando risas y gemidos.]

ALARCON

¡Bien haya el pecho varonil subyugado por la tiranía del amor! ¡Desgraciado el corazón enfangado en el abismo de la corrupción y la vileza, que no se abrasa en esta pasión, origen y móvil de las empresas mayores, que endiosa al humilde y presta al débil voluntad, y en un punto nos llena de valor para resistir las contrariedades, y extiende su luz benefactora sobre la desgracia y la pobreza; que de los embarazos abre camino, y necesitando de todo, ni de palabras ha menester!

Yo te llamaba en el mundo, para depositar a tus plantas mis coronas.

ALFREDO CHAVEIRO.



Aguilas y Estrellas

EL PROLOGO

Del seno de las nieblas
 a donde descendió mi stirpe de águilas,
 vengo henchido de glorias y recuerdos
 de grandezas derruidas . . . ¡soy mi raza!

¿Dónde fueron las tribus
 vencedoras un día del Anáhuac?
 ¿Ilhuicamina, el Flechador del cielo
 y Netzahualcoyotl, dónde se hallan?

La heroica tribu azteca
cayó rendida en la contienda aciaga
y sobre su cadáver van errantes,
sin redención ni porvenir, los parias.

Fatal como un destino,
vengo desde la niebla desolada
a redimir mi estirpe . . . ¡ya no alienta!
¡No resta ni el recuerdo de la Patria!

¡No, no es esta mi estirpe!
¡No es de esta raza el que al sentir sus plantas
abrasarse, reía a sus verdugos . . . !
¡Malinali! ¿qué hiciste de mi raza?
Han caído los templos y mis dioses
cayeron de sus aras;
el ahuehuatl, torciéndose de angustia,
eleva al cielo las vetustas ramas
implorando por todos los caídos
sin redención, sin glorias y sin lágrimas,
la reivindicación de sus agravios
y el tributo fatal de su venganza . . .

Una gota de sangre el dios maligno
al verter sobre Anáhuac,
engendró la traición: al extranjero
se unieron tlaxcaltecas y los chalca,
y la Malinche hasta mi aduar les trajo . . .
¡Todas mis iras sobre de ellos caigan!

¡Oh raza de cabellos xochipalli
y pupila azulada:
para arrojarte de mis patrios lares
se alzaré de la huesa funeraria
la estirpe muerta,
la de testa brava;
y al sonar del huehuatl y el teponaxtle
agitará sus armas de obsidiana

para arrancarte el corazón del pecho,
raza de ojos azules y tez blanca . . . !

¡No arraigarán en suelo de mexicana
tus pinos y mis palmas!
¡No dejarán mis águilas al buitре
hollar el pedestal de mis montañas,
ni tu sangre unirás, de mercaderes,
a mi sangre de dioses que es sagrada;
raza de ojos azules,
pelambre rubia y epidermis blanca . . . !

¡A ti, Malinche, que en la eterna sombra
de Mictlán te retuerces, a ti vayan
para siempre jamás los que a mi suelo
al extranjero llaman;
que sus hijos renieguen de su origen;
su madre misma, airada,
con mano propia se desgarré el vientre
que tal monstruo engendrara!

Fatal como un destino,
yo, el alma de mi raza;
yo, el fuego que en sus piras encendían;
ánfora del rocío de sus lágrimas;
voluntad sacrosanta de mis dioses;
yo, el doliente recuerdo de su fama,
evocaré con mi plañir las sombras
pobladoras del bosque y las montañas . . .

(Pausa dolorosa.)

Raza sin abolengo
surgida del cadáver de mi raza:
¿quieres que de tus ruinas y leyendas
Tenoxtitlán renazca?
¡Al indio resucita!

¡Al indio que si evoca de la Patria
el recuerdo sagrado,
sólo sabe de bosques que le talan
o girones de tierra que le roban!

¡Resucita esa raza,
y del cadáver del azteca surja
la redención del paria!
¡Devuélvele el terruño
y en el terruño fundará la Patria!

.....
¡Caballeros del sol! ¡tended el arco!
¡Caballeros leones! ¡presta el arma!
¡Tended el arco, caballeros tigres,
que en el teocalli está encendida el ara
y vibran el huehuetl y el teponaxtle!
¡Requerid vuestras hondas, vuestras clavas
y unidos ofrendad al extranjero
nueva Otumba y en ella noche trágica!

Sólo unidos al indio
los hijos de Cuauhtémoc y Cacama,
irán al templo de los dioses de oro
para arrancar con su arma de obsidiana
el corazón, al de azulados ojos,
pelambre rubia y epidermis blanca . . . !

¡¡Huitzilopochtli!
¡Resucita el cadáver de mi raza
de águilas hoscas y a la par bravías . . . !
¡Salva a mis dioses y redime al paria . . . !

MARGELINO DAVALOS.



Indice